

BIBLIOGRAFIA

ceptos se sigue la misma pauta que en el resto del libro. Invitar al lector actual-futuro-investigador al estudio sosegado y sereno de los términos implicados.

Podría ocurrir en *Naturaleza y Derecho en Jean Jacques Rousseau* que en una primera etapa, el usuario al comenzar el libro se sienta meramente un lector. A medida que su lectura avanza, entra en la segunda fase en la que prende en él esa «locura» de la investigación, de modo que al terminar la lectura del libro ha experimentado por una parte la necesidad del estudio, a la par que una cruda sensación de ignorancia, aquella que ya Sócrates describiera cuatro siglos antes de nuestra era.

No es únicamente el joven que comienza la Universidad quien puede sentir el estímulo de la investigación, pues en la obra se articulan dos factores importantes:

1) El rigor de los planteamientos, señalando abundante número de fuentes que el investigador ya experimentado puede ampliar.

2) El diseño de las teorías científicas que Rousseau tiene a su alcance, permitirá al investigador experimentado observar cómo quedan sin tematizar suficientemente algunos conceptos que el escritor francés usara.

Esta insuficiencia quizá haga «pensar» en el investigador para afrontar con responsabilidad y garbo el estudio, de tal manera que dichas aportaciones contribuyan al diseño y realización social de tal modo entrelazadas que permitan desarrollar al máximo la libertad de cada hombre y —por ende— de todos los pueblos.

M. A. ZABALZA GOICOECHEANDIA

CRUZ CRUZ, Juan: *Libertad en el tiempo. Ensayo sobre la historicidad humana*, Ed. Universidad de Piura, Perú, 1986, 221 págs.

El hombre está determinado en su ser por la historicidad. Propiamente hablando el hombre es el único ser del Universo que tiene historia. ¿Qué hay en el hombre que nos permite realizar esta afirmación? ¿Con qué estructuras cuenta el ser humano que, a diferencia del resto de los seres del mundo, nos permiten asegurar que el hombre es un ser histórico?

El autor trata en diez capítulos del tiempo y la historicidad, del presente histórico y del tiempo mítico, de la individualidad y socialidad en el sujeto histórico, de la libertad en el tiempo como tradición, de la tradición y el tradicionalismo, del progreso y de la historia, del naturalismo y del historicismo, de la evolución y de la historia, de la historia natural de la familia, del futuro y de la utopía.

En el análisis de la historicidad humana hay que tener en cuenta una serie de elementos que caracterizan la vida del hombre. Pero podemos adelantar ya que la historia sólo es posible por la libertad: el hombre tiene una existencia libre. Y el despliegue de esta libertad en el tiempo es la historia.

El primero de esos elementos a considerar es el tiempo. El hombre está inmerso en lo temporal y es un ser histórico porque la temporalidad no afecta esencialmente (sí accidentalmente) al espíritu humano, que es capaz de trascender la historia para decir lo que la his-

BIBLIOGRAFIA

toria misma es. El hombre vive en un tiempo presente. El presente es el nexo entre el pasado y el futuro: las posibilidades reales humanas, heredadas del pasado, son transmitidas al futuro por mediación del presente. De manera que la historia es tradición o entrega de modos de vida, de estilos. Y la tradición es posible por la libertad: el hombre se abre al mundo mediante su inteligencia y su voluntad para determinarse libremente. El contenido que se transmite, lo legado, es un valor permanente que encierra la exigencia de ser transmitido de generación en generación y su aceptación racional es propia de lo que podemos llamar «espíritu tradicional».

La idea de progreso está directamente implicada en la noción de historia. ¿Qué sentido dar a la idea de progreso? Por progreso se entiende un perfeccionamiento, un movimiento orientado hacia una meta que es un valor. En la historia, el progreso es innegable en algunos órdenes (científico-técnico, socio-político...), pero no se da de un modo automático: incluso puede hablarse de un proceso de deshumanización en el orden moral. La esencia del hombre es siempre la misma: por eso el hombre está abierto a las mismas fuentes de felicidad y expuesto a los mismos peligros. El sujeto humano tiene historia: no es su historia, como pretenden las diferentes formas de historicismo, sino que tiene una naturaleza. Esta ha de interpretarse como principio del movimiento y operación de cada ser, y a la vez, como principio de reposo (continuidad y permanencia de mi mismo sujeto a través del cambio). El hombre se hace una forma de vida

partiendo de un amorfismo de conducta extremo (libertad fundamental), no a partir de un amorfismo de naturaleza.

Lo específicamente histórico hay que retrotraerlo al ámbito de la libertad, como novedad ontológica en el tiempo. En ella hemos de encontrar los mecanismos por los cuales se realiza la historia. La historia es el despliegue de las posibilidades reales de las facultades en cada circunstancia. La actualización de las virtualidades de las facultades tiene dos aspectos: ejercicio (especificado por el objeto natural de la facultad) y uso (especificado por el objeto que el hombre libremente se propone, de manera que sus actos se destinan a un plan de conjunto). El uso es un acto de la voluntad. Así, podemos definir la historia como un proceso (cada estadio sucede al que le precede y se apoya en él) real (la posibilidad queda en la facultad natural de modo actualizable como hábito). Con el modo de usar lo adquirido se rompe la aparente identidad entre evolución e historia.

Si nos remontamos al origen mismo de la humanidad, al inicio de la historia, se nos patentiza su identidad con el origen de la familia, institución que no se desarrolla por «grados evolutivos». La familia, comunidad básica en la que los hombres viven, tiene un fundamento supratemporal que es el amor, lazo que une a dos personas que se subordinan a un bien común que se pretende realizar. Y el amor sólo es posible en libertad.

¿Hacia dónde se dirige la historia? Al hacernos esta pregunta pasamos de la Morfología Histórica (estudio ontológico de los hechos históricos) a la Teleología Histórica

BIBLIOGRAFIA

(indaga a dónde va la serie de hechos). La consideración de la escatología excluye toda utopía. La utopía, al eliminar el fin suprahistórico del ser temporal, se convierte en una secularización de la escatología. Toda la historia humana tiende a esa transposición como hacia una meta salvadora. La utopía, por tanto, es una alienación histórica; sólo si hay un más allá donde todo esfuerzo sea juzgado y reciba recompensa, podrá el hombre sentir con alegría su esfuerzo de mejora social y política.

Así, ha quedado suficientemente caracterizada la forma o estructura del ser histórico que es el hombre. La Filosofía Clásica nos ha brindado los elementos que nos permiten desentrañar la esencia de la historicidad humana. Tales elementos pueden reducirse a tres: temporalidad, socialidad y libertad caracterizan los eventos humanos que constituyen la materia de la historia. Respecto a la forma, al cómo del ser histórico, hay que decir que consiste en la pervivencia que el pasado tiene en el presente y que posibilita al futuro. Se trata, por tanto, de una continuidad: por ella el hombre no comienza su vida desde cero, sino que nace instalado ya en un estilo de vida, el de su comunidad, en el que subyace todo lo que históricamente se ha acumulado. En la Historia se da la conjunción de dos elementos contrapuestos entre sí: el tiempo y la libertad, que está más allá de todo tiempo por radicar en el espíritu humano, que es un principio supratemporal. Pues bien, dependiendo de la interpretación que se dé de estos elementos morfológicos o estructurales saldrán interpre-

taciones teleológicas de la Historia muy distintas. ¿A dónde va esa serie de hechos que constituye la Historia? Círculo o recta son las dos posibles respuestas —cuyo desarrollo, no iniciado en este libro, tuvo el honor de seguir en clases del profesor Cruz— a esta pregunta: o eliminación del fin de la Historia o consideración de un fin de la Historia (fin temporal o supratemporal).

La Historiología morfológica o estudio ontológico de los hechos históricos se completa con una Historiología teleológica. Ambas perspectivas, en su conjunción, constituyen la indagación filosófica de la Historia como realidad.

BEGOÑA CAVERO MARTÍNEZ

CHEVALIER, Jean, y GHEERBRANT, Alan: *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Editorial Herder, S. A., 1986, 1.092 páginas.

Este diccionario no es un compendio de definiciones, ya que un símbolo escapa a toda definición. Lo que pretende es describir relaciones de imágenes, ideas, creencias y emociones. Pone el acento tanto en lo simbolizante como en lo simbolizado. Las interpretaciones se hacen sin un sistema preconcebido. A veces hay interpretaciones personales, pero cada apartado queda abierto.

Ello es así porque la percepción de un símbolo es eminentemente personal. El símbolo tiene la propiedad de sintetizar en una expresión sensible todas las influencias